

obediencia al rey de España. Todo esto habia presenciado con disgusto, aunque resignado, porque parecia como el cumplimiento de una profecía. Pero al ver invadir á otra religion el hogar destinado á sus divinidades; al ver que se intentaba atacar su religion y suprimir los sangrientos ritos que juzgaban lo mas acepto á sus dioses, se sintieron heridos en lo mas sagrado de la conciencia, y procuraron que llegase á los oidos del monarca el descontento próximo á estallar en un ataque sangriento contra los españoles.

El mismo Moctezuma, que hasta entonces habia parecido complacerse con el trato de Cortés y de sus capitanes, procuraba evitar su encuentro, y se manifestaba frio y reservado. Amante de su religion y celoso de la veneracion á sus dioses, veia con disgusto planteado otro culto, con que les creia justamente ofendidos. Temia que, irritados contra él y la nacion entera, si continuaba por mas tiempo permitido otro culto junto á los altares de sus ídolos, enviasen horribles calamidades sobre el país entero, en castigo de su tolerancia. Los sacerdotes mas respetables, los inspirados por los dioses, le habian asegurado que la deidad tutelar, el venerando Huitzilopochtli, exigia que terminase la profanacion en su templo, y que se exterminase á los extranjeros si no abandonaban la ciudad en un plazo corto. Los nobles y los principales jefes del ejército azteca, asociados á los ministros de los sangrientos ídolos, le habian manifestado en varias conferencias la obligacion sagrada en que estaban de obedecer á los dioses, haciendo la guerra á los enemigos de su religion.

La excitacion producida en toda la sociedad por el sentimiento religioso, era indescriptible.

Moctezuma envió, con el paje Orteguilla, un recado á Hernan Cortés, diciéndole que tenia que hablarle de cosas del mas alto interés. El paje se presentó al jefe español, y al desempeñar su encargo le refirió algunas circunstancias que habian llamado su atencion. Le dijo que en la noche anterior se habian reunido en la sala de audiencias muchos sacerdotes aztecas, lo mas granado de la nobleza y los capitanes principales del reino, á conferenciar secretamente con su soberano. Añadió que, contra lo que hasta entonces habia sucedido, Moctezuma no le permitió que le acompañase, y que al salir de ella el monarca mejicano, lo mismo que en aquellos momentos que le enviaba, dejaba conocer en su rostro la alteracion y la tristeza de su ánimo.

Hernan Cortés marchó sin detenerse un instante á la habitacion de Moctezuma, ansioso de saber lo que tenia que comunicarle, llevando en su compañía á Cristóbal de Olid, que era entonces el capitan de la guardia, y á otros cuatro oficiales.

El monarca azteca les recibió atentamente; pero mas como quien se ve precisado á cumplir con un deber de política, que con la espontaneidad de un afecto cariñoso que nace del corazon. Dirigiendo la palabra á Cortés, le dijo que las noticias que iba á comunicarle eran graves. Los dioses, indignados de la profanacion de sus templos, habian ordenado que se empezase la guerra contra los extranjeros que les habian ofendido. Habian amenazado á los sacerdotes con abandonar el país si no se hacia salir de él á los que le ultrajaban. El pueblo, la nobleza, el ejército, toda la nacion, en fin, iba á obedecer á sus deidades; á lanzarse sobre los hombres blancos para aprisionarlos y

conducirles despues al sacrificio. Moctezuma terminó aconsejándoles «que saliesen sin demora de la ciudad, porque de lo contrario perecerian sin remedio» (1).

Hernan Cortés, aunque alarmado interiormente con la fatal noticia, no dejó percibir en su semblante ni la mas leve señal que denunciase su inquietud. La entereza con que se habia expresado el monarca azteca, manifestando la resolucion definitiva de obedecer la voluntad de sus dioses, le hizo comprender que la intimacion debia estar apoyada en suficientes fuerzas de guerra, dispuestas á hacerla cumplir. El horizonte político, que pocos dias antes se habia presentado á los ojos de Cortés risueño y halagador, se miraba cargado de espesos y negros nubarrones. Cuando soñó encontrarse al fin del logro de su empresa, se miraba expuesto á perecer sin alcanzarla. El peligro era inminente; la situacion crítica, alarmante, capaz de intimidar el ánimo mas esforzado. Pero Hernan Cortés era uno de esos hombres para quienes nada habia insuperable; que encuentran para cada peligro, un remedio; para cada dificultad, una salida. Aunque le sobresaltó la inesperada noticia de la actitud amenazadora que tomaba el país para aniquilarle, supo reprimir su afecto; y manifestando una indiferencia y sangre fria admirables, contestó con dulce afabilidad á la intimacion. Dijo que le agradecia cordialmente el aviso de lo que contra él se intentaba. Por su parte

(1) «Lo que he colegido dello y me parece es que antes que comiencen la guerra, que luego salgais de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene: si no, mataros han, y mira que os van las vidas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

creia no haber dado motivo á la enemistad del pueblo. Enviado del legitimo soberano, habia cumplido, como leal vasallo, con las instrucciones que habia recibido. Respecto á las creencias religiosas, eran las mismas que profesaba el monarca español, heredero de los derechos de Quetzalcoatl. Por lo demás, hacia algunos dias que habia pensado en la vuelta á su país para informar al soberano del resultado de su mision. No tenia, por lo mismo, inconveniente en obsequiar un deseo que era el suyo. Solo sentia no tener buques para embarcarse, por haberse inutilizado los que le condujeron al país; pero si le daba gente y permiso, podria construir tres bergantines en la costa, donde se embarcaria con todos los españoles que le habian acompañado. Otra de las cosas, dijo, que le causaria pena al dejar el país, era la de tener que llevar al emperador de Méjico (1).

Estas últimas palabras turbaron visiblemente á Moctezuma. Hernan Cortés las habia pronunciado con intencion, sabiendo que servirian para contener, de pronto, el golpe que se trataba de dirigirles.

El caudillo español volvió á manifestar su buena disposicion en regresar á su patria, y á suplicar que le facilitase los carpinteros necesarios para la construccion de los tres buques. El monarca azteca ofreció obsequiar su deseo, y le dijo que pediria á los sacerdotes y á los capi-

(1) «De dos cosas le pesaban: no tener navios en que se ir, que mandó quebrar los que trajo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

tanes que no diesen ningun paso hostil, puesto que su detencion no era mas que lo que exigia el tiempo necesario para hacer los barcos. «Procurad, pues, que terminen pronto, añadió, y sean obras y no palabras las que hablen sobre este asunto» (1).

Cumplió Moctezuma con el ofrecimiento hecho á Cortés. Llamó á los sacerdotes y principales capitanes, y logró calmarles, haciéndoles saber que los españoles se alejarían en el momento que estuviesen terminados los buques. Calmada así la efervescencia del pueblo, envió á Cortés el número de carpinteros que le habia pedido. Poco despues salian los artesanos aztecas hácia la Villa Rica, en compañía de los constructores de buques, Martin Lopez y Andrés Nuñez, que eran los mismos que pocos dias antes habian hecho los dos bergantines para la laguna.

Llegados al puerto, se dió principio al corte de maderas con una actividad extraordinaria, y la obra de construccion empezó con el mismo empeño. Se ha dicho que Hernan Cortés dió instrucciones secretas al vizcaino constructor Martin Lopez para prolongar la obra disimuladamente, pues esperaba que volviesen de un momento á otro de España sus comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo. Si esto sucedia, llegarían indudablemente con bastantes soldados y buques, enviados por el rey para que continuase la empresa comenzada (2).

(1) «Y dijo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras: y que entre tanto que él mandaria á los pápas y á sus capitanes que no curasen de alborotar la ciudad.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «E Cortés proveyó de maestros é personas que entendiesen en la labor

El aserto anterior no está de acuerdo con lo que dice el franco soldado Bernal Diaz. El veterano historiador, al hacer referencia á esas instrucciones secretas de que tambien habla Gómara, dice que «el mismo Martin Lopez le aseguró que la construccion la hizo con toda la brevedad posible» (1).

La situacion de los soldados españoles habia cambiado por completo. A la confianza y seguridad en que habian vivido por algun tiempo, sucedió de repente el sobresalto y el recelo.

Aunque Moctezuma habia prometido que nadie haria armas contra ellos, no por esto dejaban de hallarse cuidadosos. Temian que de un momento á otro los sacerdotes le hiciesen cambiar de resolucion, diciéndole que los dioses exigian la guerra sin demora. La voz de ellos no podria ser desatendida por el supersticioso monarca, y el pueblo se arrojaria sobre los cuarteles, ansioso de

de los navios, é dijo despues á los españoles desta manera: Señores y hermanos, este señor Montezuma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan navios. Id con estos indios é córtese la madera; é entre tanto Dios nos proveerá de gente é socorro; por tanto, poned tal dilacion que parezca que haceis algo y se haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escribid é avisad que tales estais en la montaña, é que no sientan los indios nuestra disimulacion. E así se puso por obra.»—Oviedo. *Historia de las Indias*.

(1) «Lo que Cortés le dijo á Martin Lopez sobre ello, no lo sé; y esto digo porque dice el coronista Gómara en su historia, que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remitome á lo que ellos dijeron, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martin Lopez que de hecho y apriesa los labraba; y así los dejó en astillero tres navios.»—Bernal Diaz del Castillo.

A Gómara siguen Oviedo, Solís y otros, acaso porque el hecho habla en favor de la sagacidad del jefe español.

hacer prisioneros á los hombres blancos para conducirlos á la piedra de los sacrificios.

El paje Ortiguilla, que recogia algunas palabras que los nobles aztecas pronunciaban cerca de la estancia real en sus conversaciones, aumentaba la inquietud, asegurando que no desistían de su proyecto de guerra. Iguales funestos anuncios repetía Marina, y las mismas noticias comunicaban á Cortés los jefes tlaxcaltecas.

Todos esperaban por instantes que se presentase la tormenta.

La vigilancia era constante en los cuarteles. Al llegar la noche se duplicaban los centinelas; y los soldados, al descansar de sus fatigas, se acostaban armados y vestidos sobre un poco de paja y un petate, que era el lecho de que disponían (1). Los caballos se hallaban á todas horas ensillados y enfrenados, y ningun individuo dejaba las armas ni de dia ni de noche.

Hernan Cortés, infatigable y activo, recorría todos los puntos y cuidaba de que nadie descuidase en lo mas mínimo las órdenes que tenia dictadas, á fin de que todo el ejército estuviese listo para el combate en cualquier momento que estallase el grito de guerra. Cuando encontraba á algun soldado que se habia despojado del calzado para dormir, ó no tenia las armas, le reprendía severamente; le decia que «á la oveja ruin le pesaba la lana», y le obligaba á que inmediatamente remediase su descuido (2).

(1) «Y dirán ahora dónde dormíamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

(2) «Y al que hallaba sin armas ó estaba descalzo los alpargates, le repre-

Esta disposicion de Hernan Cortés, observada estrictamente desde el primer dia que el ejército español pisó las playas, connaturalizó á los expedicionarios con las fatigas, la vigilancia y la carga de las armas. Casi se habia hecho una necesidad para los soldados la penosa costumbre; y muchos de ellos, despues de transcurridos numerosos años de la conquista, no podían descansar sino vestidos y levantándose varias veces del lecho, como en los dias de sus pasados peligros (1).

El cuartel español se hallaba convertido en una ciudadela, cuya guarnicion estaba dispuesta á defenderla hasta que nadie quedase con vida.

Hernan Cortés tomó todas las disposiciones que exigian las críticas circunstancias, y esperó los sucesos con serenidad.

Nadie se alejaba del cuartel, á fin de hallarse todos juntos para el combate.

dia y le decia que á la oveja ruin le pesaba la lana.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

(1) Bernal Diaz del Castillo, que era uno de los que llegaron á no poder despojarse de la costumbre adquirida, dice cuarenta y nueve años despues de los sucesos: «Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostumbrado de andar armado y dormir de la manera que he dicho, que despues de conquistada la Nueva España, tenia por costumbre de me acostar vestido y sin cama, é que dormia mejor que en colchones duermen: é ahora cuando voy á los pueblos de mi encomienda no llevo cama, é si alguna vez la llevo no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, porque no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar á ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete ni paño ni cosa ninguna, y gracias á Dios no me hace mal, por la costumbre que tenia.»

Solamente un soldado permanecía aislado y lejos de sus compatriotas, expuesto á todas horas á las iras del pueblo. Aquel soldado era el anciano que quedó en el gran teocalli, encargado de cuidar el altar católico y de la imágen de la Virgen.

Si se lanzaba el grito de guerra, él seria la primera victima que sacrificasen los sacerdotes aztecas al sanguinario Huitzilopochtli.

## CAPITULO VII

Obstáculos que hallaron en España los comisionados de Cortés.—Reune el gobernador de Cuba una escuadra para enviarla contra Cortés.—Nombra á Pánfilo de Narvaez jefe de la armada.—La audiencia de Santo Domingo se opone á que salga la expedicion.—El gobernador Diego Velazquez la desobedece.—Sale la escuadra.—Número de buques y de tropas que salen.—Salta el ejército á tierra en el mismo sitio en que desembarcó Cortés.—Envia Narvaez sus comisionados á la Villa Rica de la Veracruz.—Gonzalo de Sandoval los despacha para Méjico.

Mientras Hernan Cortés y sus soldados se preparaban á la defensa de sus cuarteles y Martin Lopez se ocupaba de la construccion de los tres buques, veamos lo que habian alcanzado en la corte de Carlos V los enviados Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montojo. Despues de haber tocado el navío, contra las instrucciones del caudillo español, en la isla de Cuba, y esparcido las noticias del presente que enviaba Cortés al soberano, continuó su viaje á España. La navegacion fué feliz, y en